

Un panorama de la Nouvelle Histoire*

Eduardo Hourcade

*Este trabajo debe mucho a la discusión con colegas y alumnos del Centro de Estudios Avanzados de la UNC, a quienes tuve oportunidad de conocer en un seminario impartido en 1993.

Agradezco a los responsables del CEA por esta oportunidad, así como por la de continuar mi presencia con este escrito

Eduardo Hourcade es Profesor en el Taller de Historia de las Mentalidades, Universidad Nacional de Rosario

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

La historia —ciencia de los hombres en el tiempo, al decir de Marc Bloch— parte de la convicción de que, como *rerum gestarum*, es dinámica y movimiento.

La historia en otro sentido, como *res gestae*, también se ve a sí misma como disciplina en cambio. Mucha agua ha corrido desde Voltaire (entre los primeros en traer la idea de Civilización al servicio de la reconstrucción del pasado) y Guizot (entre los primeros en proponer la moderna noción de clase social) hasta nuestro tiempo. La *nouvelle histoire* aparece en estos días dominando el panorama.

Entre aquellos comienzos de los siglos XVIII y XIX y esta historia de hoy se produjeron diversas estaciones. El romanticismo, el positivismo y su oficio erudito, el particularismo historizante y su resultado “ético-político” resultaron las principales durante el siglo XIX. En nuestro siglo, lo que podríamos llamar “historia social” ejercida de muy diferentes maneras ha sido ampliamente dominante.

Cada uno de estos momentos de relativa reorganización del campo del saber histórico fue acompañado por una serie de polémicas acerca del verdadero sentido y de las técnicas más propicias para reconstruir el pasado. La emergencia de este fenómeno de la llamada *nouvelle histoire* también tiene lugar en medio de polémicas e impugnaciones.

Sin embargo, en esta ocasión, y a juzgar por la naturaleza de las polémicas abiertas, parece posible asentar una diferencia importante entre esta presente reorganización del campo cognoscitivo y las que se produjeron en el pasado. Por parte de quienes rechazan estas nuevas tendencias del conocimiento histórico contemporáneo se arguye que el tipo de indagaciones que caracterizan a la *nouvelle histoire* o bien resultan irrelevantes, o bien se piensa que las mismas entrañan una amenaza al saber histórico constituido hasta hoy.

Por su parte, algunas de las experiencias cognos-

citivas de la *nouvelle histoire* resultan desafiantes de las convicciones totalizadoras que caracterizaran al conocimiento del pasado desde el siglo XIX y con ello vienen a poner en juego no unas particulares maneras de organizar el conocimiento disponible, sino una completa forma de entender al oficio.

Entre nosotros, justamente en este mismo medio, Aníbal Arcondo, en un artículo excelentemente informado, ha escrito sobre la “nueva historia” exponiendo una posición del tipo antes apuntado. Ya en el título, Arcondo nos interroga por el fin de una batalla. Presentando el problema afirma: “Lo que sigue, intenta ser una explicación simple de la operación a través de la cual la *nouvelle histoire* intenta vaciar la concepción histórica en boga desde hacía mucho tiempo en la historiografía europea (...) y que tenía como horizonte la reconstrucción del pasado con un sentido de la totalidad”.

Por mi parte, sin ánimo polémico, me propongo exponer en estas notas un punto de vista diferente. Las líneas que siguen están destinadas a proponer algunas indicaciones para poder mejor comprender la naturaleza de estos debates. Para ello iremos presentando sucesivamente campos problemáticos donde pensamos resulta necesario indagar acerca de la situación actual.

¿Cómo pensar a la historiografía contemporánea? Diversas respuestas han sido dadas a este interrogante. Para comenzar la nuestra, digamos primeramente que el sentido de la pregunta surge del centro mismo de la experiencia de muchos historiadores contemporáneos que se ven a sí mismos como alejados de la clase de historia dominante hace veinte años atrás. La idea de *nouvelle histoire* tiene aproximadamente dos décadas y su percepción como fenómeno tiene una duración parecida a la noción de postmodernidad, a la que —como veremos más adelante— se halla sólidamente unida.

Esta historia se bautizó a sí misma “nueva” —tal vez por la necesidad de enfatizar su misma presencia, en un momento en que su debilidad era obvia—, señalando que su novedad devenía de proponer nuevas operaciones analíticas sobre el pasado, nuevos enfoques sobre viejos temas y de encarar nuevos objetos de estudios. Esta separación tripartita organizaba la colección de ensayos historiográficos que reunieron Jacques Le Goff y Pierre Nora en 1974 bajo el nombre de *Hacer la Historia*.²

Desde aquel momento hasta hoy hemos visto aparecer libros de historia que ofrecen al lector perspectivas sobre la construcción histórica del olfato, la edificación de la llamada “historia del género” (una casi completa versión de “otra historia” en sentido universal), la tematización de la vida privada y del “uso de los placeres” y bastantes más cosas. Volviendo entonces al principio, ¿dónde hallar la clave que permita comprender un quiebre como este que afecta a una tradición erudita de larga duración?

Tomaremos aquí pie en autores provenientes de diferentes linajes teórico-conceptuales al

1.- Aníbal Arcondo, “La nueva historia, ¿el fin de una batalla?” *Estudios*, 1, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1993.

2.- Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia*, 3 vols., Barcelona, ed. Laia, 1978, (1era. Edic. franc. 1974).

igual que divergentes perspectivas profesionales. Jacques Rancière³ sostiene que en la escritura de la historia es posible diferenciar un triple juego de tensiones, usando sus términos: un contrato con la verdad, un contrato con la narratividad, un contrato con la sociedad.

Empezando a revisar Rancière por la última de las dimensiones anotadas, brevemente señalaremos que no todas las sociedades tienen historia, en el sentido de una actividad orientada a la reconstrucción del pasado. Antes al contrario, como bien sabemos los historiadores, incluso en nuestra propia tradición civilizatoria –recuerdo, de paso, que Marc Bloch pensaba que la sensibilidad occidental hacia la historia devenía en parte de que el cristianismo era una religión histórica– por larguísimos periodos los hombres no han prestado atención a la historia. Sabemos también que esta falta de atención por la historia era equivalente a la falta de dimensión de la historicidad en la consideración de su propio presente.⁴

La actividad que hoy conocemos bajo el nombre de historia, instauro en el uso de este mismo nombre la continuidad con el ejercicio de escritura que un día practicase Heródoto. Si Heródoto nos legó una manera particular de la indagación, otro griego, Tucídides, brillará por cerca de dos milenios como el ejemplo mejor inspirado de esta manera de la escritura. L. von Ranke, fundador moderno de la profesión de historiador, pensaba todavía en 1824 que Tucídides era el maestro insuperable del género. ¿Qué había en el mundo griego que disponía al hombre a mirar hacia los otros en el espacio (los vecinos), y especialmente a mirar a esa clase de otros que estuvieron antes de nosotros, vale decir aquellos de los que nos separa el tiempo?

Podríamos sintetizar diciendo que el mundo griego era un mundo “político”. La *polis* se reconoce a sí misma como “una institución política de lo social”.⁴ El mundo anterior era un mundo pre-político. El mundo de la *polis* permite tomar conciencia de sí como agrupamiento y permite también tomar en cuenta la incidencia de las acciones humanas en el desarrollo de procesos de distinta índole, como la disputa por el poder dentro de la *polis* o las relaciones pacíficas o beligerantes con los vecinos. La *polis*, insisto, como “institución política de lo social” permite la emergencia de las indagaciones sobre la alteridad humana porque ella misma es consciente de su artificiosidad, de su construcción como actividad deliberada y de su precario equilibrio. El tiempo deja de ser repetitivo, la eficiencia de una arenga encendida, o de la impericia de un jefe de ejércitos conducen a resultados especificados.

La refundación de la historia en el siglo XIX también se halla vinculada a la emergencia de otra forma de institución política de lo social. El estado moderno difiere del estado antiguo como la libertad antigua difiere de la libertad moderna. El orden burgués es un orden de masas, pero también de individuos. La gran revolución del '89 edifica otro mundo político. En esa rápida construcción de la modernidad política (entre 1789 y 1848) tendre-

3.- Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

4.- Cfr. A. Heller, *Teoría de la Historia*, Barcelona, Fontamara, 1982. En otra perspectiva, F. Chatelet, *El nacimiento de la historia*, México, Siglo XXI Editores, 1978.

5.- Cfr. C. Lefort, *Las formas de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Igualmente, C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Anagrama, 1982.

mos como resultado casi completamente definidos un conjunto de teorías y conceptos absolutamente imprescindibles a la hora de pensar la sociedad.

La historia como disciplina es conocimiento del cambio social en el pasado. A pesar de que nuestro intento no parte de una definición de la historia como empresa cognoscitiva, una precisión como la anotada sirve para recordar que para un tipo de saber como el que nos ocupa, ciertas nociones, como las de progreso, civilización, nación, clase social, estado y muchas otras constituyen unas nociones de base, casi de “sentido común”.

De allí entonces el vínculo que el pensamiento de lo histórico mantiene ininterrumpidamente con las experiencias políticas e ideológicas de la modernidad. Todo un conjunto de tareas de la legitimación de las fuerzas sociales actuantes en el mundo contemporáneo, reposa en una necesidad de dar anclaje temporal a las necesidades del presente. En las sociedades modernas, infinitamente más ricas y complejas que las sociedades antiguas, ello ha ido resultando en una paulatina profesionalización, la extracción sistemática de recursos para actividades del conocimiento del pasado y la edificación de un complejo entramado institucional que alberga tales actividades.

Resulta también de ello que nunca los historiadores modernos sintieran que su ejercicio era mero pasatiempo y encontrarán diversos argumentos para sostener la “relevancia social” del tipo de conocimiento producido. Por la misma razón se han señalado los efectos que en la reconstrucción del pasado ejercían las ideologías, los “puntos de vista”, los supuestos conceptuales o, como más corrientemente se los denomina, los “marcos teóricos” y el modo en que cada uno de los enumerados se vinculaba a las fuerzas actuantes en el mundo social del escritor de historia, atribuyéndole sentido hacia el futuro a la acción humana del presente.

Volviendo a la idea del triple juego de tensiones en la escritura de la historia que nos proporciona Rancière, tenemos que en el hacer de la historia hay también un compromiso con la verdad. Dicho esto en sentido clásico, vale decir, tomando como medida la representación adecuada de lo real en el pensamiento. A diferencia de otras modalidades de la escritura, la historia se imponía ser fiel a objetos que la interesaban. Aquí el escritor podía introducir elementos moralizantes, o también dejarnos saber sus preferencias o disgustos, pero sobre bases documentadas. La historia del mundo moderno comenzará su carrera, en palabras de Ranke, por separarse tanto de la ficción como de la especulación filosófica, para atenerse a “lo que exactamente sucedió”.

En concordancia con esta búsqueda de la verdad que es impuesta como obligación primera al escritor sobre el pasado, la historia se impondrá el camino de la ciencia. El paradigma de la historia erudita se halla así sólidamente fundamentado para la segunda mitad del siglo XIX. La filología, la investigación en archivos y bibliotecas, las polémicas sobre la interpretación adecuada de tales o cuales vestigios, etc., acaparan mucha de la atención del historiador profesional.

Pero también es necesario preguntarse sobre las modalidades de organización de la acción colectiva, sobre los “motores” del desarrollo histórico-social, sobre las leyes que orde-

nan el paso a formas de organización más complejas, etc. Sabemos bien que sobre esta segunda clase de cuestiones las respuestas son menos sólidas. De todas maneras ello nunca produjo una disminución en la confianza profesional acerca de que estos problemas se resolverían mejor en el futuro; o que el desarrollo del conocimiento podría ser más o menos rápido según las épocas, pero que mejores resultados se desprenderían de la acumulación.

La mira hacia otras disciplinas de lo social —desde la filosofía política hasta la antropología— y la necesidad de hacer converger sus conocimientos en puntos nodales del pasado, llevaron también a una tercera forma de lidiar el contrato con la verdad: una ciencia de la diferencialidad temporal (como la concibiera Braudel). Si la historia duda de su capacidad de aceptar sin críticas la potencialidad generalizadora de algún concepto o teoría originada en la economía política clásica o en la geografía “posibilista”, confía plenamente, en cambio, sobre sus posibilidades de “testeo” de tales generalizaciones, y de su especificación en variedades y tipologías localizadas.

Por todo ello, la historia de hoy, como la de ayer, conserva gustosa su deseo por un conocimiento de lo verdadero, un tipo de conocimiento que se orienta a la ciencia y a la lógica.

El tercer elemento contractual apuntado por Rancière es el de la narratividad. Ya los griegos habían señalado que la escritura de la historia requería una particular manera de ejercicio del arte. Aristóteles indicaba que su posición era inferior al de la poesía dado que, a diferencia de la última, no pretendía elevarse a lo universal.

Y por cierto que la difusión de la historia en la sociedad moderna apeló a un modelo de escritura inevitable: la novela. Para insistir con Ranke, éste dice que abordó el estudio de la historia por la profunda emoción que le indujera la lectura de Walter Scott, y que lo llevara hacia la investigación sistemática del pasado, pero también agrega el enojo que sintió al constatar las inexactitudes de Scott y el saber que la fascinación producible por la realidad histórica es superior a la derivada de la obra de ficción.

Tenemos aquí varios elementos para analizar. Veamos la cuestión de la verosimilitud. Si algo persigue la novela realista decimonónica es la duplicación de lo real, la condensación en el universo de las palabras de una parcela relevante del mundo.⁶ El lector acompaña emocionalmente las vicisitudes de sus personajes porque lee en esas vicisitudes sus propias experiencias. Para la historia como disciplina la verosimilitud es sencillamente pensada como natural consecuencia de su interés por la verdad.

Pero el desarrollo de los conocimientos críticos sobre la escritura nos ha mostrado que la narración impone modalidades específicas, modalidades que de ninguna manera pueden ser sencillamente vinculadas al contrato con la verdad o al contrato con la sociedad. El “contenido de la forma” discursiva de la narración implica diferencialidad temporal entre lo narrado y el narrador, la atribución de significaciones a “lo que efectivamente sucedió” y la ne-

6.- Cfr. H. White, *Metahistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

cesidad de que sus materiales sean, en alguna forma, relevantes para quienes “consumen” la narración.⁷

Podríamos resumir diciendo que el triple contrato de la escritura histórica nos interpela de desigual manera. En cuanto narración nos remite a la auto-reflexión, a la autovaloración experiencial (en el sentido de la *Verstehen* de Dilthey). En cuanto explicación conjeturalmente verdadera del pasado, nos inclina hacia la logicidad, la elaboración de teorías y modelos conceptuales, al saber probabilístico aunque igualmente nomológico. Finalmente, la tensión de la experiencia contemporánea agrega sus propias modalidades de la legitimación social y política en la escritura del historiador-ciudadano.

Resulta claro para todos que no puede ser sencillo mantener a todas estas cosas unidas. Mucho menos, sistemáticamente unidas. La historia de la historiografía puede también ser pensada como una forma de inventario de los chirridos que se producen en la fricción de estas orientaciones divergentes. De la misma autoreflexión historiográfica surge el diseño de instrumentos que permiten controlar las potenciales derivadas de cualquiera de los contratos apuntados.

Si, como pensamos, éstas son las tensiones en que estructuralmente cabe abordar el estudio de una modalidad de escritura que pretenda reconstruir el pasado, los contenidos específicos derivados de cada uno de estos vínculos estructurales se han ido modificando todo el tiempo. Las auto-representaciones sociales contemporáneas no son las mismas que las del siglo XIX. Lo mismo ha pasado con la noción de verdad científica. Por seguir, la novela realista se halla lejos de ser el modelo dominante tanto de la escritura como, todavía más importante, de la verosimilitud. Nos parece imprescindible evaluar el saber contemporáneo acerca del pasado en la relación con estas apuntadas dimensiones.

En 1949, Fernand Braudel, un historiador entonces desconocido, alentado por su maestro daba a conocer *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Magnífico modelo de una historia renovada, resultan en el libro bien distinguibles los presupuestos sobre los que al propio tiempo se fundaba la auto-representación europea (Occidental) de la posguerra. Se trata de la historia de un “mundo”. El mismo, obviamente, no contiene a todo el globo, pero a los efectos prácticos, en el Mediterráneo, en tanto mundo, durante el siglo XVI, delimitada por las batallas de La Prevesa y Lepanto, tiene lugar una “guerra mundial”; dos concepciones del mundo, dos modalidades civilizatorias, la Cristiandad y el Islam se confrontan. Por otra parte, ese mundo mediterráneo es bien homogéneo. Una “civilización material” –como dirá Braudiel más tarde– es reconocible en los cultivos de secano, en las formas de organización de la economía pastoril. En este mundo casi inmóvil, los acontecimientos son eco débil de esas profundas realidades materiales. ¿Analogías posibles? El conflicto Este-Oeste, la convicción de la determinación “social” de lo político.

La resonancia del libro y de su autor son mayúsculas y aseguran la hegemonía de una ma-

7.- Cfr. H. White, *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992.

nera de hacer la historia que para ir rápido podemos identificar con los Annales, vertiente central de la “historia social”.

Mediados de 1989, Francis Fukuyama, tan desconocido como Braudel en 1949, escribe veinte páginas en una revista norteamericana de asuntos políticos sobre *El fin de la historia*.⁸ Entre otras cosas sostiene que de aquí en adelante la gente espera primordialmente del futuro acceder a un videograbador y, algo más seriamente, que el socialismo no tiene futuro como sistema social porque es incapaz de hacer que la gente trabaje más duramente en la ilusión de alcanzar un futuro alternativo al del capitalismo.

Pocos meses después —como efecto de la resignación de Gorbachov a mantener el control sobre el este europeo— “cae” el muro de Berlín. (Apostilla de la sociedad mass-mediática: el Muro de Berlín cae al menos tres veces. La primera cuando se autoriza el libre tránsito a los ciudadanos del este, caóticamente televisada en vivo; una segunda cuando se unifica el estado alemán y una tercera cuando un festival de rock reproduce una muralla (*The Wall*) que derriban los músicos de Pink Floyd. Estas últimas también fueron televisadas; mejor dicho, fueron producidas por [antes que para] la televisión).

Los historiadores reaccionan ante Fukuyama con sentido corporativo. La historia, afirman, sigue su curso. Y es cierto. Justamente, la sensación de cambio epocal, de antes y después de 1989, desmiente el fin de la historia. Pero 1989 también le da la razón a Fukuyama. Siguiendo a Touraine⁹ podemos decir que ha terminado la historia del siglo XX, en el sentido que este siglo ha estado dominado por la imagen de la Revolución Rusa. ¿Podrían ser anotados los efectos de 1989 sobre la escritura de la historia? Sin duda, pero pensamos que estas inflexiones tal vez pudieran ser registradas en la historia, como oficio reconstructor del pasado, con alguna anterioridad a esa fecha.

Subrayamos en primer término la producción de enormes cambios en la sensibilidad colectivas y la sociabilidad que se producen hacia fines de los sesenta. El desafío cultural, la revuelta estudiantil, la teorización crítica, etc., no produjeron una revolución política ni económica; antes bien, los aparatos represivos se “ocupan” de sus expresiones tanto individuales y colectivas. Ello no implica que el “movimiento” no haya sido exitoso en la consecución de reorientaciones valóricas para los individuos y los grupos. ¿Cómo reducir toda esta carga acontecimental en la esfera de las representaciones y del imaginario a un “efecto” de procesos que se llevaban a cabo en alguna otra parte de la sociedad? ¿Cómo deducir de las exhortaciones productivistas de los técnicos del Mercado Común o de los planificadores del “Salto Adelante” la afirmación de valores de autorealización personal, de rechazo del orden y la disciplina?

Como nunca, la sociedad de nuestros días es una sociedad que se representa, que reclama espacios de representación; que todos los días tiene “espejos” de sí donde no sólo se comu-

8.- Francis Fukuyama, “El fin de la historia”, *Doxa*, 2, Buenos Aires, 1990.

9.- Alain Touraine, “El duro camino de la democracia”, *El Correo de la UNESCO*, Ginebra, Junio de 1990.

nica, sino que también se “produce” lo “real”. Ahora podemos conocer que los mensajes no transitan a través de los medios de comunicación, sino que los “medios” son los mensajes. Su formato inexorable se nos hace presente.

Con ello también es posible percibirnos que las autorepresentaciones y su modalidad de transmisión debieron jugar algún papel en las sociedades pasadas. B. Baczkó, un exiliado polaco radicado en París, escribía en 1984 *Los imaginarios sociales*. Ese mismo año Robert Darnton, norteamericano, historiador del libro y la imprenta, criticaba la idea de que hubiese un “nivel cultural” determinado por dos niveles anteriores, uno económico y otro social. Roger Chartier, otro historiador del libro, el año 1989 se ocupaba del Mundo como Representación.¹⁰

Son tres autores de formación e intereses divergentes, pero sugiero leer su elaboración en el marco de un terreno alumbrado antes que por una imposible convergencia conceptual, por una experiencia cultural que ha tenido su lugar en la calle. Leamos por un momento a Baczkó. ¿De qué se ocupa como historiador? Los distintos ensayos abordan en general un problema enorme: explicar las sociedades de tipo soviéticas por un costado “diferente”; tanto nos introduce al análisis del “carisma” stalinista como también nos narra la historia de la puerta de un baño que sirvió de improvisada cureña fúnebre a un huelguista muerto por la policía polaca en 1970:

“En el corazón mismo del imaginario social, en particular con el advenimiento y el desarrollo del Estado, se encuentra el problema del poder legítimo, o más bien, de las representaciones fundadoras de la legitimidad. Toda sociedad debe inventar e imaginar la legitimidad que le otorga al poder”

Pasando a Darnton, sus datos autobiográficos nos indican que como periodista fue testigo de las luchas callejeras en New York en los primeros años '60. Su historia de la manera de hacer libros y de la circulación de las ideas en el Antiguo Régimen —con especial atención al contrabando y la censura—,¹¹ se detendrá en un punto a efectos de ocuparse de una matanza de gatos. Un acontecimiento en sí mismo banal, pero que conlleva un desafío a las regulaciones gremiales, a las disposiciones simbólicas de la relación entre patrones y artesanos. También en el mismo volumen se ocupa de la *Encyclopedie* y nos enseña un “Arbol del Saber”, donde la Teología ocupa, naturalmente, el puesto más elevado, claro que en vecindad con el “conocimiento de los espíritus buenos y malos, la adivinación y la magia negra”. Si la historia de Contat, el aprendiz de la calle Saint Séverin, era apenas conocida entre los especialistas, la *Encyclopedie*, como se sabe ha sido bastante mejor revisada. Es que la mirada de Darnton, como la de Baczkó, es capaz de mezclar lo grande con lo pequeño, puertas de baño y sociedades concentracionarias, charadas de taller con teorías del saber, las “totalida-

10.- B. Baczkó, *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992; R. Darnton, *La gran matanza de gatos...*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; R. Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

11.- R. Darnton, *Gens de lettres, gens du livre*, Paris, Ed. O. Jacob, 1992.

des” con las “migajas”.

La Historia como representación de R. Chartier ensaya una explicación de los nuevos estilos historiográficos que no se han producido por una “crisis general de las ciencias sociales” o por “un cambio de paradigma”, sino porque “la historia en sus últimos desarrollos ha demostrado que es imposible calificar los motivos, los objetos o las prácticas culturales en términos inmediatamente sociológicos”.

Las experiencias del mundo actual son proveedoras de motivos de autoreflexión en la reconstrucción del pasado. ¿Podría sorprender que en un siglo donde hemos asistido tanto a la industrialización como a la medicalización científico-desnaturalizante de la muerte, tenga interés las actitudes ante la muerte en el pasado? El hambre, la sobrepoblación, la violencia familiar y la marginalidad son también cotidianas entre nosotros, como para no alentar reflexiones parecidas.

A su vez, el mundo postmoderno resulta un mundo de proliferación de identidades, de diversa clase de agrupamientos que se resisten a ser unificados por alguna dirección. Aparecen, en consecuencia, nuevas necesidades de legitimación por la historia. Y también nuevas curiosidades y públicos. Toda una nueva literatura de evasión que tiene motivos históricos. El carnaval y la fiesta desordenan los programas de trabajo, banalizan el aire adusto de la biblioteca. Se borran las líneas que antes separaban corrientes teórico-metodológicas. *Annales* convoca a un *tournant critique* de reunificación, aclarando que el propósito no tiene una intención “necesariamente melancólica”.¹²

¿Este desgajamiento trivial del Estado, las Clases Sociales o las Naciones, debe ser vivido como un Progreso o como un Regreso? Dejaremos que cada quien se haga una idea por su propia revisión de la literatura. Por nuestra parte sólo cabe decir dos cosas. En primer lugar, de ser ciertas las premisas antes asentadas, este actual estado de la historia es “necesario”. En segundo lugar, no tengo dificultad en reconocer que los estándares conceptuales de muchas producciones de la *nouvelle histoire* presentan deficiencias, si al mismo tiempo se me permite recordar que en nombre de la “historia social” se ha escrito también muchas cosas de baja calidad.

Volviendo a las condiciones de posibilidad de la escritura histórica de nuestros días, quisiera ahora ocuparme del programa verista y su deriva cientificista. Resulta imprescindible traer a colación la crítica del saber protagonizada por Michel Foucault. La amplitud de los tópicos sometidos a reflexión por este autor hace que sea muy difícil poder señalar con precisión la influencia que ha tenido sobre la historia. Foucault gustaba definirse como “filósofo que trabaja en canteras de historiador”. La locura, la clínica médica, fueron unas de las primeras estaciones de su escritura. El auge estructuralista lo lleva a rastrear la relación entre “las palabras y las cosas” y a la proposición de una engorrosa metodología del archivo.

12.- “Tentons l'expérience”, en *Annales*, 44^e Anné, N^o 6, Novembre-décembre 1989, Editorial que no lleva firma, aunque ha sido atribuido a J. Revel.

La experiencia política posterior al '68 lo llevaron a postular una microfísica del poder, y a revisar la institución central del disciplinamiento y la estatalidad modernas: la cárcel. La muerte lo sorprendió en la escritura de una historia de la sexualidad.¹³

Todas y cada una de las intervenciones anteriores le garantizarían un lugar respetable entre los historiadores del presente siglo. Incluso donde se equivoca su pluma provocativa es siempre un acicate a la imaginación reconstructora. Por eso será recuperado en este escrito por una breve obra programática: el orden del discurso. Allí se señala:

“Quizás es un tanto aventurado considerar la oposición entre lo verdadero y lo falso como un sistema de exclusión [...] Ciertamente, si uno se sitúa al nivel de una proposición, en el interior de un discurso, la separación entre lo verdadero y lo falso no es ni arbitraria ni violenta. Pero si uno se sitúa en otra escala, si se plantea la cuestión de saber cuál ha sido y cuál es constantemente, a través de nuestros discursos, esa voluntad de verdad que ha atravesado tantos siglos de nuestra historia, pues esta voluntad de verdad se apoya en un soporte institucional: está a la vez reforzada y acompañada por una densa serie de prácticas como la pedagogía, el sistema de libros, la edición, las sociedades de sabios de antaño, los laboratorios actuales”.

¿Significaría ello que no hay verdad cognoscible, que es lo mismo lo verdadero que lo falso? Nada más alejado de quien se preocupara de mostrar la construcción histórica de la verdad por medio de la ruptura de lo evidente. Pero nos pone en guardia contra la confianza excesiva en “esa cosa llamada ciencia”. Foucault nos previene acerca de que pueda haber, o no, afirmaciones científicas, sino a los efectos del predominio discursivo que se produce en el mismo momento en que una afirmación alega ser científica.

Como decíamos antes, la gran mayoría de los historiadores siempre pretendió que la historia fuese una ciencia, una ciencia social que fuera capaz de señalar niveles de jerarquía causal y “explicar” el acontecimiento. Los hoy comúnmente denominados “grandes paradigmas del conocimiento social” pretendieron ser capaces de deducir de una serie relativamente pequeña de procesos identificados como relevantes, la “totalidad” del acaecer colectivo.

Los argumentos sobre los límites casi insuperables de una “civilización material”, o sobre la determinación “en última instancia de la base sobre la superestructura”, dieron lugar a extensos ejercicios de escritura. La necesidad de introducción de matices o “mediaciones dialécticas” fue igualmente abundante. Habiendo comentado anteriormente sobre de qué manera la representación de la sociedad, autorepresentada como articulación de clases sociales, decidía de antemano la pertinencia de esta clase de historia, estamos llamando ahora la atención acerca de los modelos de científicidad que la inspiraban.

No sorprende, en consecuencia que el giro hacia la autorepresentación postmoderna exija algunas modificaciones en cuanto a la manera de concebir la producción y enlace siste-

13.- Michel Foucault, *La microfísica del poder*, Buenos Aires, Ed. La Piqueta, 1986; *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI Editores, 1984; “Método” en *Historia de la sexualidad*, vol. I, México, Siglo XXI Editores, 1984; *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1973.

máticos de juicios verdaderos.

Las innovaciones más interesantes, según nos parece, se han producido en la escena historiográfica italiana y especialmente hacia la figura de Carlo Ginzburg.¹⁴ Los temas de su preocupación han sido siempre los de las creencias religiosas y/o la superstición del mundo rural, antes de la era moderna. Alcanza la fama cuando descubre a Menocchio, molinero friulano del siglo XVI, que enhebrando fragmentos de diversas tradiciones que llegaban a él por escrito o de oídas había sido capaz de elaborar una compleja “concepción del mundo” que terminó llevándolo a la hoguera. El hallazgo era acompañado por una cuidadosa reflexión acerca de la manera en que el historiador podría ser capaz de reconstruir con materiales sacados de un proceso judicial una imagen no distorsionada de ese hombre del común. El tipo de trabajo realizado poco más tarde fue denominado como “microhistoria”. Uno de sus colegas italianos sintetizaba los aspectos propios de la operación microhistoriadora.¹⁵ Esta, como tal, no tiene un cuerpo conceptual preestablecido.

“El trabajo está centrado en la búsqueda más realista del comportamiento humano, empleando un modelo de acción y conflicto del comportamiento del hombre en el mundo que reconoce su relativa libertad más allá, pero no fuera de la coacción de prescriptivos y coercitivos sistemas normativos”.

El propio Guinzburg, años más tarde llega a proponer un nuevo “paradigma” cognoscitivo, al que denominara paradigma indicial. Retomando la vieja discusión de fin del siglo XIX sobre la elaboración del conocimiento histórico por indicios,¹⁶ sostiene que resulta identificable en el curso de la producción de conocimiento en la experiencia humana el señalamiento de una alternativa al modelo de la subsunción causalista. Sostiene Guinzburg que en situaciones donde “la unicidad de los datos” y la “imposibilidad de su sustitución” hace imprescindible el tipo de conocimiento indiciario cuyo “rigor elástico” permite, por caso, considerar a los individuos. Diversos tipos de críticas han sido hechas a cualquiera de estas dos proposiciones, pero quede claro que su versatilidad las hace preferibles a los problemas localizados que se pretende resolver.

En el campo norteamericano, la influencia primordial en cuanto modelo de conocimiento ha provenido de la antropología, o más precisamente, de la etnografía. Robert Darnton sostiene la necesidad de producir una historia en este sentido, tratando de superar la barrera de la alteridad de los hombres en el pasado recurriendo a lo que nos impresiona como no-familiar: el temor al dolor de muelas o la exhibición orgullosa del estiércol. Esta perspectiva se inspira en el programa de Clifford Geertz, quien retomando un nombre ya existente, ha llamado a su operación “Descripción Densa”.¹⁷ También considera necesario el abandono

14.- Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981; *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989; *Historia nocturna*, Barcelona, Muchnik, 1991; *El juez y el historiador*, Barcelona, Muchnik, 1993.

15.- G. Levi, *Sobre microhistoria*, Buenos Aires, Biblos, 1993; *La herencia inmaterial*, Barcelona, Nerea, 1990.

16.- Cfr. F. Devoto, *Entre Taine y Braudel*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

17.- R. Darnton, *La gran matanza...*, op. cit.; C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987.

del programa de explicación globalizante y la preferencia de una mirada que, como la de la lectura, preste más atención a la significación y a lo propio de cada grupo social, rompiendo el autocentrismo referencial.

Finalmente nos ocupamos de la narratividad. En un momento, un poco cansado del cuantitativismo y la formalización, L. Stone anunció el retorno de la “nueva (vieja) historia”.¹⁸ Más allá del valor agitado de este artículo, nos parece que la figura central en cuanto al apercebimiento de la problemática sobre este tópico resulta Hayden White. Permanente animador del debate intelectual contemporáneo, se halla entre los editores de la revista *History and Theory*. Su obra *Metahistoria*, publicada en 1973 (fue traducida al español con dos décadas de retraso), se ocupa de las maneras de lidiar con la materia histórica de los grandes autores del siglo XIX, “el siglo de la historia”. La novedad radica en que provisto de una grilla estructural ha delineado agrupamientos que se inspiran en la teoría aristotélica de los tropos. La historia será así organizada en trágica, cómica, romántica o satírica. La lectura de White completamente desentendida de las vicisitudes que no fueran específicas de la escritura histórica provocó enormes resistencias, acerca de la validez de un ejercicio de este tipo. Una obra que recoge elaboraciones posteriores (*El contenido de la forma*) ofrece como superación el abandono de la rígida grilla estructural y una profundización en la reflexión sobre las determinaciones presentes en el gesto de la narración histórica.

Más allá de las valoraciones posibles de hacerse sobre esta obra, nos parece que también en este campo es imprescindible abandonar la inocencia y reconocer, cuanto menos, la necesidad de someter a control las modalidades de nuestra escritura y, más ampliamente, la clase de operaciones textuales que abre la misma.

En síntesis, lo que intentamos decir es que no pudiendo escapar a las determinaciones que nos imponen los ya mencionados contratos, corresponde buscar allí los motivos de la *nouvelle histoire*.

Nos parece, además, que toda búsqueda de respuesta que no quiera recorrer estos diferentes niveles tendrá algo de incompleto. No obstante haber argumentado bastante en este sentido, traeré aquí a colación un tipo de crítica que aparece a menudo. J. Fontana,¹⁹ por caso, insinúa que los determinantes sociales que producen este tipo de historia son la derechización de las ciencias del hombre en el marco del auge del tatcherismo-reaganismo. Nuestra particular impresión es que resulta completamente a la inversa. El origen político y el punto de vista progresista de muchos de los practicantes de esta nueva manera de ejercer el oficio nos parece adecuada respuesta.

En cuanto al problema de la totalización, al que hace mención Arcondo, tal problema cobra forma en el interior de una determinada concepción de la ciencia pero, sobre todo, de la naturaleza de la materia social. La *nouvelle histoire* descrece de una naturaleza social idéntica a sí misma a lo largo de la experiencia humana. Piensa que la historia puede ser “la historia de la lucha de clases”, pero también que puede no ser “la historia de la lucha de clases”, y que será cuestión de determinarlo en cada caso. No rehuye a la discusión teórica, antes al

contrario, pero no necesita de una única teoría unificadora del campo.

La *nouvelle histoire*, y sea dicho esto en su defensa, por su propia naturaleza dispersiva no intenta señalar a nadie el camino a recorrer. Tampoco se siente molesta porque alguien quiera seguir haciendo otra clase de historia. Tampoco se priva de hacerles a todos los historiadores las preguntas que ella se hace a sí misma.

Bibliografía

- A.A.V.V., *Amor, Familia, Sexualidad*, Madrid, Ed. Argot, 1984. Cfr. G. Martínez Gross, "Los Annales y la nueva historia", (págs. 225-253)
- Anderson, P., "Una cultura a contracorriente", en *Zona Abierta*, Nº 57/58, Madrid, 1991.
- Aries, Ph., *La muerte en Occidente*, Madrid, Argos, 1982.
- Baczko, B., *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.
- Bloch, M., *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Braudel, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Chartier, R., *El mundo como representación*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1992.
- Chartier, R., *Libros, lecturas y lectores*, Madrid, Ed. Alianza, 1993.
- Chatelet, F., *El nacimiento de la historiografía griega*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Darnton, R., *La gran matanza de gatos...*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Darnton, R., *Gens de lettres, gens du livre*, Paris, Ed. O. Jacob, 1992.
- Deleuze, G., *Foucault*, "Anexo. Sobre la muerte del hombre y el superhombre", Buenos Aires, Paidós, 1987.
- Duby, G., Aries, Ph., (Comp.) *Historia de la vida privada*, 10 volúmenes, Madrid, Ed. Taurus, 1990.
- Duby, G., Perrot, M., *Historia de la Mujer*, Madrid, Ed. Taurus, 1991.
- Foucault, M., *La microfísica del poder*, Buenos Aires, Ed. La Piqueta, 1986.
- Foucault, M., *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI Editores, 1984.
- Foucault, M., "Método", en *Historia de la Sexualidad*, Vol. I, México, Siglo XXI Editores, 1984.
- Foucault, M., *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1973.
- Fukuyama, F., "El fin de la Historia", en *Doxa*, Nº 2, Buenos Aires, 1990.
- Guinzburg, C., *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.
- Guinzburg, C., *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- Guinzburg, C., *Historia nocturna*, Barcelona, Muchnik, 1991.
- Habermas, J., *La reconstrucción del materialismo histórico*, Ed. Taurus, Madrid, 1981. Cap. 7, Sección I, (págs. 185 a 194).
- Heller, A., *Teoría de la Historia*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1984.
- Le Goff, J., *Tiempo, trabajo y cultura*, (págs. 315 a 327).
- Le Goff, J., "Las mentalidades, una historia ambigua", en *Hacer la Historia*, vol. III, (págs. 81 a 96).
- Le Goff, J., Nora, P., *Hacer la Historia*, vol. I, "Presentación", (págs. 7-12).
- Le Roy Ladurie, G., *Entre los historiadores*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Lozano, J., *El discurso de la Historia*, Ed. Alianza, Madrid, 1987. Pról. (págs. 11-13; 77 a 109; 127-140).
- Mommsen, W., "La Historia", en *Interdiscipliniedad y ciencias humanas*, (págs. 13 a 28; 236 a 249).
- Poster, M., *Foucault, el marxismo y la historia*, Barcelona, Paidós, 1988.
- Stone, L., *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, especialmente "El renacimiento de la historia narrativa", (págs. 77 a 109).
- Vovelle, M., "Introducción", en *Ideología y Mentalidades*, (págs. 7 a 19).
- White, H., *El contenido de la forma*, Barcelona, Ed. Paidós, 1992.
- White, H., *Metahistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.